

Traducción Cultural y Relaciones Internacionales

José María Pérez Fernández
Universidad de Granada

Las diferencias inherentes a las lenguas y las convenciones culturales que éstas articulan pueden afectar a las relaciones internacionales en ámbitos tan diversos como la diplomacia, las relaciones políticas, o el comercio. Dichas relaciones suelen estar reguladas por códigos legales, y por tanto la transferencia de significados y de normas se ha de llevar a cabo no sólo entre lenguajes, sino también entre los sistemas legales que éstos articulan. Existen además otros factores íntimamente relacionados con estos procesos: los valores sociales, estéticos, políticos o religiosos constituyen una constelación de significantes que con frecuencia complican la comunicación entre diferentes comunidades lingüísticas y culturales. Esta conferencia se propone explorar algunos ejemplos históricos como casos de estudio para arrojar alguna luz sobre temas actuales, para identificar áreas potenciales de conflicto, y finalmente para explorar algunas estrategias que puedan abordar estas cuestiones.

José María Pérez Fernández se licenció en Filologías Clásica e Inglesa por la Universidad de Granada, donde también obtuvo su grado de doctor con una tesis sobre la primera traducción de la *Eneida* de Virgilio al inglés. Sus líneas de investigación se ocupan de la relación entre poética, teología, pensamiento político y traducción. Sus últimas publicaciones tratan de las relaciones entre literatura, traducción, diplomacia y la idea de Europa en el Renacimiento. Ha sido galardonado en dos ocasiones con el Premio a la Excelencia en la Investigación de la Universidad de Granada (2005 y 2009), es miembro del consejo editorial de *Sendebarr*, y asesor de la serie *Tudor and Early Stuart Translations* (*Modern Humanities Research Association*). Sus reseñas bibliográficas aparecen en revistas internacionales como *Renaissance Quarterly*, o *Translation and Literature*. Sus publicaciones más recientes incluyen un artículo sobre poesía y poética en la obra del premio Nóbel mejicano Octavio Paz,¹ y un ensayo sobre el humanista español Andrés Laguna como caso de estudio para analizar la relación entre la traducción y la idea de Europa a través del análisis de sus escritos científicos y políticos.² *Translation and Literature* también publicará en breve otro ensayo que explora la relación entre diplomacia y espionaje en la carrera del traductor inglés James Mabbe.³ Su edición crítica de *The Spanish Bawd* (Londres, 1631), la traducción que James Mabbe hizo de *La Celestina* al inglés, aparecerá a finales de 2013. En ese mismo año aparecerá también su contribución al proyecto *Oxford Bibliographies* (publicado por Oxford University Press), que consistirá en un ensayo bibliográfico sobre la picaresca en la literatura inglesa. En la actualidad está co-editando un volumen titulado *Translation and the Book Trade in Early Modern Europe*, junto con Edward Wilson-Lee (en prensa, para Cambridge University Press). Ha sido profesor invitado y conferenciante en varias universidades, entre las que se incluyen la U. de Washington en Seattle, la U. de Edimburgo, Saint Andrews, Oxford, y Cambridge.

¹ "Traducción y poética en Octavio Paz a través de sus versiones de John Donne, (1) y (2)" *Letral*, no. 5 (Dec. 2010), pp. 70-90, no. 7 (Dec. 2011), pp. 13-37.

² "Andrés Laguna: Translation and the Early Modern Idea of Europe," *Translation and Literature*, vol. 21, 2012.

³ "Translation, diplomacy and espionage: New insights into James Mabbe's career".

Introducción

El 10 de noviembre de 2012, *The Economist*, publicaba un artículo cuyo subtítulo decía: “Services specialising in language and culture are in demand”. El artículo venía encabezado por la descripción de una demanda legal entre dos compañías que se dedicaban a la manufactura de calzado. Ambas son francesas, pero la demanda se presentó en EEUU, y por tanto tendría que debatirse y resolverse en los tribunales norteamericanos. Lo cual planteaba una interesante serie de problemas.

En el artículo, uno de los abogados involucrados en el caso describía los cuatro tipos principales de problemas que plantea una demanda internacional de este tipo. El primero, y más obvio, es el lenguaje. En segundo, igualmente obvio, radica en las diferentes legislaciones que rigen en los países implicados. Y luego hay otros dos problemas cuya importancia no es menor, pero que pueden no aparecer como tales a primera vista. Ambos tienen que ver con la cultura, su interpretación y la administración de los documentos que la conforman: uno involucra a los hábitos comunicativos, y las reglas de cortesía que regulan la comunicación interpersonal. Estas suelen ser reglas no escritas, ni estandarizadas—y que siempre varían de un país a otro, incluso de una región a otra. Y esto es muy relevante, por ejemplo, a la hora de interpretar y aportar correos electrónicos, mensajes de texto, y cualquier otro tipo de correspondencia, como prueba documental durante un juicio. Por último, el volumen de documentación comunicativa que se produce en la era digital es enorme: un buen abogado está obligado a repasar todos los correos electrónicos intercambiados entre las partes implicadas, y a examinarlos detenidamente, si quiere armar un buen caso para la defensa de su cliente.

Como digo, éste era en un caso entre firmas francesas que habría de ser resuelto por un tribunal norteamericano. A pesar de las diferencias lingüísticas, culturales, y legales, al fin y al cabo estamos hablando de sistemas legales occidentales, y que por tanto comparten un cierto número de premisas en común.

La complejidad del caso aumenta si involucramos una compañía norteamericana, como Apple, y una surcoreana, como Samsung, que también se enfrentaron recientemente en un caso de patentes. Aquí las diferencias entre lenguas, culturas, y sistemas legales conforman un abismo tremendamente complejo de sortear.

Aquí es donde entra una empresa como *TransPerfect*, experta en servicios lingüísticos. El abogado de una de las firmas francesas involucradas en el pleito contrató sus servicios para que recogiera el corpus de textos usado para el caso y lo tradujera. Había documentos en cuatro idiomas: inglés, italiano, francés y español. Pero es que además *TransPerfect* también se ocupó de alojar los documentos en una base de datos que cumpliera con los requisitos legales de privacidad tanto en Francia como en los Estados Unidos—en los que las leyes que regulan correos privados difieren, y por tanto requieren un tratamiento *ad hoc*.

Sin los servicios de *TransPerfect*, concluye el periodista, este caso sencillamente no se podría haber ganado.

En estos tiempos de crisis, los datos que aporta el artículo deberían dar esperanza a muchos de nuestros estudiantes que están a punto de salir al mercado laboral.

El negocio global de los servicios lingüísticos mueve un volumen de 34 mil millones dólares, y experimenta un crecimiento anual del 12%. La mayor de estas empresas, *Mission Essential Personnel*, emplea a 8000 traductores, intérpretes y asesores culturales (la mayoría de ellos en Afganistán), y obtuvo unos beneficios de 725 millones de dólares en 2011—*TransPerfect* (la empresa contratada para el pleito entre las dos firmas francesas) ganó en ese mismo año 300 millones de dólares.

Como saben muy bien muchos de los que hoy están aquí presentes, los beneficios económicos de la traducción y asesoría lingüística en el ámbito jurídico pueden ser muy jugosos. Dejen que les ponga otro ejemplo: en un litigio entre Panasonic y Sanyo, en 2009, *TransPerfect* tradujo aproximadamente 100 millones de palabras, por lo cual cobró 25 millones de dólares (a un dólar por cuatro palabras).

Estos datos demuestran fehacientemente la demanda que existe en el mercado global, y la necesidad de ir más allá del traductor *freelance*.

Es cierto que con los ordenadores y las bases de datos modernas, se puede procesar mucha información muy rápidamente. Pero a la hora de tratar los textos de forma sutil y detallada—algo que es imprescindible en litigios en los que se juegan grandes cantidades de dinero—o de mediar en la comunicación entre personas e instituciones que vienen de lenguas y ámbitos muy diferentes, ningún ordenador, y ningún programa de traducción digital, puede sustituir a los expertos humanos en lengua y en cultura.

Está claro que se requieren empresas que puedan acometer retos mayores, y que empleen a traductores y abogados que a la vez funcionen como mediadores y asesores culturales. Y para ser un buen traductor, para ser un buen mediador, es necesario conocer bien las dos culturas. Esto puede parecer una verdad de perogrullo: pero no siempre se tiene en cuenta.

Hoy me propongo, desde el campo de la literatura comparada, y sobre todo desde la historia de la cultura, los estudios culturales y los estudios de traducción, dar unos cuantos ejemplos que ilustran las relaciones entre traducción y cultura en el ámbito de la política, de la religión, y de la literatura.

Espero que me sepan disculpar si me centro sobre todo en casos que vienen de los periodos que yo conozco mejor: sobre todo el siglo XVI y el XVII. Creo, además, que el pasado contiene lecciones muy útiles si sabemos interpretarlo bien, y nos puede ayudar a comprender el presente, y sobre todo, a planear el futuro.

Para ejemplos más recientes, los que trabajamos en esta casa hemos podido disfrutar, hace tan sólo unas semanas de una excelente exposición, y una serie de conferencias, acerca del papel de los traductores del árabe en lo que entonces era el protectorado español en el Norte de África. Dicha exposición ha mostrado de forma ejemplar cómo la traducción, la administración colonial, la ocupación militar y política, están íntimamente ligadas la una con la otra—ya acabamos de ver que la mayor empresa mundial de traducción y mediación cultural tiene al 80% de sus empleados en Afganistán: un ejemplo que creo es bien elocuente.

Todavía más recientemente, la Universidad de Granada acaba de organizar unas jornadas conjuntas con el ejército, en concreto con el MADOC, con el título de “Transculturalidad y Fuerzas Armadas”. Se trata de la presentación de tres libros que abordan el importante asunto de la traducción cultural, y que ponen el énfasis en la vital importancia que ésta tiene en las relaciones internacionales actualmente. El acto, que se celebró el 17 de junio, hace tan sólo unos días, consistió en la presentación de tres libros, publicados por la editorial de la Universidad de Granada, cuyos títulos constituyen una elocuente demostración de la importancia de la mediación y de la traducción cultural en nuestros tiempos:

- *Elementos de cultura y transculturalidad para usos militares y civiles*
- *Culturas cruzadas en conflictos. Militares y poblaciones locales en misiones internacionales: Afganistán y Líbano.*
- *La dimensión psicosocial, política y jurídica de la conciencia transcultural. El caso de Afganistán.*

Hay personas que, literalmente, se juegan la vida, y cuya seguridad depende en gran medida de disponer de los servicios profesionales de un mediador cultural eficiente y fiable.

Obsérvese que decimos ‘mediador cultural’. Ya hemos abandonado la idea estrecha de que la traducción es una exclusiva cuestión de compilaciones léxicas, de traducción de términos técnicos, y de precisión en la traducción de éste o aquel concepto. Qué duda cabe que a nivel básico y fundamental todo esto es una pieza clave en una buena traducción. Esto es el punto de partida imprescindible. Pero una buena traducción tampoco es posible si no se tiene una visión integral de la complejidad de los lenguajes y de la cultura que conforman. Es aquí donde entra la visión global e integradora, las múltiples y complejas dimensiones de la traducción cultural.

Mi charla de hoy se compone de tres partes. En la primera de ellas me ocuparé del trasfondo teórico que vincula a los estudios culturales con los estudios de traducción. La segunda y la tercera constituyen dos casos de estudio que ejemplifican, el primero de ellos, la relación entre cultura y traducción a la hora de establecer identidades de todo tipo (en este caso

se trata de las relaciones entre la traducción y la idea de Europa en el Renacimiento a través de la figura del médico, traductor y humanista Andrés Laguna), en tanto que la tercera y última parte trata de otra figura—James Mabbe, prominente hispanista inglés—que representa los estrechos vínculos que existen entre traducción, cultura, diplomacia y espionaje.

Comunicación – pragmática – traducción cultural

Hoy vamos a contemplar al fenómeno de la traducción, y a los estudios que se ocupan de la misma, desde una perspectiva teórica, y práctica, muy amplia. Este acercamiento es necesario porque no se ha de perder de vista que la traducción consiste en un proceso complejo, dinámico y activo—que constituye también un fenómeno **comunicativo** entre individuos y grupos humanos. Díganoslo desde el principio: traducción es comunicación.

Y es la comunicación—en su sentido etimológico, esto es en *hacer común*—lo que constituye la cultura. Y la cultura a su vez constituye el capital y el acervo de iconos, valores y procesos que definen a un grupo social, que le dan cohesión y le proporcionan una identidad, una visión del mundo, y una serie de valores compartidos.

En tanto que fenómeno comunicativo, el proceso de la traducción se puede descomponer en varios niveles. En su base se halla el más estrictamente lingüístico, que comprendería sus componentes léxicos, y sintácticos. Luego pasamos a unidades comunicativas de orden superior, tales como el discurso—este es el ámbito de estudio de la pragmática.

Y del discurso, se pasa al siguiente nivel, que también comprende los dos anteriores—y por ello de él se ocupan, entre otras disciplinas, también la lingüística y la pragmática. Pero este tercer nivel, a la vez que comprende los dos anteriores, también los trasciende, porque dentro de lo que llamamos cultura, a este nivel, encontramos iconos no-verbales: símbolos, música, las artes visuales, las instituciones y las convenciones sociales, religiosas, políticas, las normas de cortesía, incluso el lenguaje corporal.

En un mundo globalizado, donde los soportes comunicativos ya no descansan tanto en los textos impresos, sino en formatos multimedia de un volumen y un dinamismo considerable, estos aspectos no verbales de la comunicación—y por tanto, de la traducción—adquieren una importancia y una relevancia considerable.

A la hora de hablar de las relaciones entre cultura y traducción, la unidad comunicativa que se debe tomar como base y punto de partida es el discurso. Este concepto puede entenderse desde su definición más sencilla, esto es, como una unidad de lenguaje que supera en extensión a la frase.

Pero para nuestros propósitos resulta más interesante y sobre todo más productivo, entender el discurso como lo hace la teoría cultural actual: esto es, como un corpus más o menos coherente de preferencias que conjuntamente producen una representación de la realidad, a la vez que la conforman.

Cuando hablamos de discurso nos podemos referir también a ámbitos profesionales, sociales, o de una disciplina en particular: y así hablamos de discurso científico, legal, religioso, filosófico, deportivo. Son ámbitos, o esferas, que disponen de un lenguaje, unos términos, una fraseología y un estilo que articulan una constelación de conceptos que constituyen este ámbito en concreto.

En esta dimensión amplia, el discurso engloba una serie de agentes que lo hacen posible: esto es, al emisor y al receptor. La relación establecida entre emisor y receptor determina el tono, la forma, el diseño, y los contenidos del mensaje que intercambian. Esta relación constituye un aspecto fundamental del discurso.

De ahí, por ejemplo, que la teoría cultural moderna se ocupe de detectar las relaciones de poder que quedan inscritas dentro de un discurso concreto.

Quedamos, entonces, en que cuando hablamos de discurso nos estamos refiriendo a una unidad comunicativa compleja y de orden superior, que tiene una dimensión social, con agentes y componentes extra-verbales, todos los cuales determinan y definen los niveles más básicos del mensaje.

Si queremos abordar la traducción en tanto que fenómeno comunicativo, tanto en los aspectos lingüísticos de los niveles básicos (léxico, sintáctico) como los de orden superior (discurso) hemos de hacerlo desde la perspectiva de la teoría que se ocupa de los actos de habla, esto es, de la pragmática.

Hay lingüistas que consideran a los actos de habla como las unidades básicas del discurso. ¿Y en qué consiste la pragmática? La pragmática se ocupa de cómo hacer cosas con las palabras: así lo proclamaba el sencillo y precisamente por eso acertadísimo título del libro que inauguró esta disciplina. Me refiero, claro está, al famoso libro del filósofo del lenguaje, J.L. Austin, *How to Do Things with Words*, publicado hace ya más de medio siglo (1962).

De esta forma un conglomerado complejo de actos comunicativos, cada uno de ellos con todos sus componentes—desde los meramente formales y lingüísticos, hasta los emisores, receptores y los actos de habla, que a su vez se relacionan con componentes interpersonales de naturaleza extraverbal—viene a entretener una cultura común.

El tropo de un tapiz viene muy al caso, creo, para definir la naturaleza de una cultura. Y en tanto que un tejido comunicativo que implica a varios agentes y múltiples componentes discursivos, podemos entender también la cultura como una especie de macro texto: una constelación tremendamente dinámica y proteica, compuesta por una multiplicidad de agentes, actos de habla (esto es verbales), y en general de actos comunicativos (no verbales).

La idea de que una cultura se puede entender como un texto susceptible de ser analizado e interpretado la lanzó en 1973 el antropólogo Clifford Geertz, con un libro titulado *The Interpretation of Cultures*. La obra de Clifford Geertz ha resultado de gran influencia en los estudios culturales, y también en la emergencia de un nuevo historicismo en el acercamiento a la literatura, que ahora se ve como parte de una práctica social, directamente relacionada con convenciones sociales como la vestimenta, las ceremonias y rituales como bodas, las normas de cortesía y otros eventos y fenómenos que forman parte de la constelación de procesos que constituyen y dan cohesión a una cultura.

Es a partir de estos macro-textos, de estos objetos multiformes, multimedia, que podemos hablar de traducción cultural.

Y resulta obvio que en la traducción cultural se han de tener siempre en cuenta aquellos aspectos extra-verbales que aporten significado y sentido más allá de una interpretación pegada al texto. En otras palabras, cualquier aspecto que se desprenda del texto y su situación comunicativa, del universo de discurso en el que se incardina el intercambio entre emisor y receptor.

David Katan también ha proporcionado una interesante descripción de cultura desde la perspectiva de los estudios de traducción. En su modelo, la cultura aparece desglosada como un conjunto compuesto de varios sistemas simbólicos. Cada una de las unidades que conforman estos sistemas simbólicos se denomina 'culturema'. Estas tres capas en las que Katan divide la cultura son necesariamente porosas y tienen además unos perfiles borrosos. Sin embargo, articulan un relato de la cultura en cuestión, con una serie de leitmotifs, y diferentes niveles de conciencia en lo que se refiere a la percepción de la misma. Katan usa un modelo tripartito propuesto por el antropólogo Edward T. Hall a la hora de visualizar estas diferentes capas que constituyen la cultura.

En este sentido, si una cultura es un texto, compuesto de complejos niveles comunicativos, que se organizan e interactúan a través de actos de habla, un buen traductor ha de estar alerta a la posible relevancia que tengan los componentes no-verbales, aquellos componentes del universo de discurso original, para no descuidarlos en su traducción, y así reproducir, en el lenguaje-meta, el acto de habla original, una reproducción o equivalencia lo más cercana posible al mismo dentro del universo de discurso del idioma-meta.

Lógicamente, cuanto más lejanos se hallan los idiomas y las culturas entre sí, más complicado resultará reproducir estos complejos universos de discurso. Hemos de tener también en cuenta que el dinamismo de las culturas hace que el universo de discurso que las constituye varíe de un periodo a otro, con lo cual las traducciones entre idiomas diferentes se ven también complicadas cuando la traducción se hace de una época a otra.

Si entendemos las culturas como el repositorio de los iconos que conforman los valores comunes de un grupo humano, entonces podemos usar el tropo de capital cultural para referirnos al valor y prestigio que se le adscriba a los mismos. Este tropo proporciona un concepto muy útil para aproximarnos al fenómeno de la traducción desde la perspectiva de los estudios culturales.

Y así, por ejemplo, cuando hay una clara relación de poder entre las dos culturas, en traducciones de este tipo se detecta con relativa facilidad la apropiación por parte de la cultura dominante de la que se halla en inferioridad. En un reciente volumen divulgativo sobre la traducción, David Bellos se hace eco del concepto de traducir hacia ARRIBA y hacia ABAJO. Traducimos hacia arriba cuando la traducción se hace hacia el idioma de la cultura dominante: en este caso la dominante tiende a asimilar el texto original a su universo discursivo y de valores. Por el contrario, cuando se traduce hacia ABAJO es el idioma-meta el que se ve ‘invadido’ por los parámetros, la estética, y los valores del texto original, que es el que disfruta de más prestigio literario, o cultural.⁴

Desde esta perspectiva, la traducción cultural tal y como la estamos definiendo, es un concepto muy útil para abordar disciplinas como la antropología, los estudios culturales, o los estudios postcoloniales—tanto en el ámbito de la literatura, como en otras disciplinas englobadas dentro de las humanidades.

Cuando de construir un imperio se trata, en todas las épocas históricas siempre se ha dado no sólo una ocupación militar, o un trasvase de poder político y económico. También cambia de manos el capital lingüístico y cultural. Este fue el caso del imperio romano, por ejemplo, y los idiomas autóctonos que existían en la Península Ibérica, los cuales fueron desapareciendo.

Pero ha habido casos también en los que esta apropiación de capital cultural ha ido en dirección opuesta a la transmisión de poder político, económico y militar. Uno de los casos mejor conocidos es el que se dio entre Roma y la Grecia clásica: en tanto que las legiones romanas ocupaban el Egeo, y sus cónsules y gobernadores se hacían cargo de la administración de los territorios Griegos, eran la filosofía, la literatura y el arte griegos los que colonizaban a Roma. Roma como cultura y como comunidad tenía el capital político, económico, y militar. Pero el poderío cultural de la Grecia clásica era muy superior.

En esta casa tuvimos también recientemente una conferencia que trataba de un tema muy relacionado: el asunto del orientalismo, o la apropiación cultural de las culturas orientales (como la árabe, o la persa) por parte de occidente. En lo que se refiere a las relaciones entre Oriente y Occidente, un caso muy interesante es la traducción efectuada por parte de Edward FitzGerald del poema *Rubaiyat* del persa Omar Khayyam, en el que la apropiación del poema original por parte de su traductor es tan invasiva como para hacer que el primero resulte casi irreconocible, y profundamente modificado, por la imaginación poética del traductor, hasta el punto de haber sido considerado por muchos un poema independiente del original que constituye su punto de partida.

Otro curioso ejemplo de ‘colonización’ en sentido contrario a través de una traducción cultural es el que describió en un famoso artículo (‘Shakespeare in the Bush’) la antropóloga Laura Bohannan.⁵ En él relata cómo contó la historia del *Hamlet* de Shakespeare a los ancianos de una tribu nativa de África Occidental (los Tiv), quienes a su vez corrigieron y modificaron la historia para acomodarla a los esquemas culturales de su propia tribu, antes de hacerla comprensible y poder así contarla a su propia comunidad.

Otro ejemplo fascinante nos llega de la Edad Media, y como en tantos otros casos de traducción, mezcla el comercio, los viajes, y las culturas ‘exóticas’. Se trata del proceso que dio lugar a la composición de los famosos *Viajes de Marco Polo*, un texto inaugural en el ‘orientalismo’, si entendemos éste fenómeno como la apropiación cultural de estas civilizaciones, ajenas y lejanas, por parte de occidente.

Este conocido viajero medieval, al volver a Italia en 1298, se vio arrojado a la cárcel, por razones que ahora no vienen al caso. Y allí tuvo la fortuna de contar con Rustichello da Pisa como compañero de celda. Y a este Rustichello, Marco Polo le contó, en italiano, la fantástica historia de sus viajes. Pero las anotaciones Rustichello las hacía en francés: esto es, a medida que Marco Polo desgranaba sus viajes y aventuras, Rustichello las iba transcribiendo en francés. Esta traducción improvisada y sobre la marcha resultó en el ‘original’ *Divisament du Monde* (*Descripción del mundo*). Pero este no es el texto final que nos ha llegado a nosotros.

⁴ David Bellos, *Is that a Fish in your Ear? The Amazing Adventure of Translation*, Penguin Books, 2012, p. 173

⁵ “Shakespeare in the Bush”, *Natural History*, 75:7 (August-September 1966): 28-33.

En la tradición romántica y platónica que hemos heredado, vivimos persuadidos por la idealización de esa cosa que hemos dado en llamar el texto original, concebido como algo fijo e inmutable que responde a la pura voluntad del autor. Esto nunca ha sido así, en realidad, y el origen y evolución del texto de Marco Polo es una prueba fehaciente de la falsedad de este mito, además del tremendo poder moldeador que tienen las traducciones, de su carácter proteico, en lo que se refiere a los textos individuales, y también a la hora de establecer tradiciones literarias.

Marco Polo pensó y relató sus viajes en italiano, Rustichello da Pisa lo plasmó en francés. Pero en cuanto el texto empezó a circular, los copistas empezaron a ‘peinarlo’: lo arreglaron aquí y allá, lo retocaron, para ponerlo en un francés más correcto. Algo similar ocurrió cuando se empezaron a producir traducciones del mismo a la *lingua toscana*, esto es, al italiano, y también al latín, por supuesto. Al final del siglo XIV había ya varias versiones en checo, gaélico, alemán, el italiano de la Toscana, su variedad veneciana, y en francés. Todas ellas estaban re-traducidas de la versión latina, que a su vez se había traducido de una versión temprana en italiano de Venecia, que estaba basada en la versión del primer manuscrito en francés. A través de todos estos filtros, traducciones y reescrituras, el texto se fue homogeneizando, y perdió el carácter de transcripción de una narración oral, para darle el carácter más fijo de un texto escrito con su estructura correspondiente: más coherente, menos espontáneo, más consciente de sí mismo.

¿Dónde está aquí la voz original de Marco Polo que contó a Rustichello sus aventuras en su celda? Algo queda, qué duda cabe, pero el texto que nos ha llegado a nosotros se ha transformado y rediseñado a través de las múltiples intervenciones de sus traductores, y de sus editores, de las voces y prácticas de todos ellos. El primer gran relato del mundo oriental—que fijó la idea de un mundo de fantasía en occidente, que inauguró la idea de la alteridad esencial del oriente—ya es el resultado de una traducción, y ejemplifica todas las complejas estrategias que confluyen en este fenómeno de comunicación.

De esta forma, podemos decir que la traducción jugó un papel fundamental en este texto fundacional del ‘orientalismo’ occidental, y como vengo diciendo, el tema del orientalismo, el imperialismo, y los estudios postcoloniales, han venido poniendo un énfasis muy interesante en el papel de la traducción cultural, entendida en un sentido muy amplio, y en cómo determinadas relaciones de poder se ven inscritas en los procesos de traducción.

Estas relaciones de poder, y el hecho de que dentro del fenómeno del imperialismo y de la colonización se den interesantes cruces de culturas a muchos niveles, ha convertido a la disciplina de los estudios postcoloniales en un área muy vibrante en lo que se refiere a nuevos avances y propuestas originales cuando se trata de explorar la naturaleza y el impacto de la traducción cultural.

Así hay investigadores dentro de esta disciplina, como Homi Bhabha, que han sugerido la idea de que la traducción no es meramente un proceso o un vehículo que cohesionan a la cultura, sino el elemento dinámico constituyente de la misma.

Esta es una idea muy sugerente, que Homi Bhabha usa junto con el concepto de hibridación para describir la interacción entre culturas diferentes que se da en los procesos de colonización. Desde la perspectiva de Homi Babha, la traducción cultural no sólo es un proceso complejo y dinámico, que va más allá de una concepción simplista de la traducción como compuesta de un objeto y un sujeto con un trasvase lineal entre ambos. En su opinión la traducción cultural se erige en un tercer espacio donde los intercambios constituyen el ámbito de la cultura en sí.

Las culturas desde esta perspectiva no solamente son ‘transnacionales’ sino que también son inherentemente ‘translacionales’.

Y digo que esta visión es muy sugerente, porque en la deriva que hemos heredado del romanticismo nacionalista del siglo XIX tenemos tendencia a pensar que la norma, que el estándar, cuando hablamos de culturas, consiste en una esencia monológica de las culturas nacionales que se expresan a través de un idioma que representa su alma, con un grado de pureza superior a cualquier otra manifestación cultural (con la posible excepción de la música). Pero si miramos la historia, y si pudiéramos trazar un mapamundi de áreas culturales y sus respectivas zonas lingüísticas, en cualquier periodo, creo que nos percataríamos de que el mayor porcentaje de terreno en ese mapa está ocupado por regiones que no son monolingües, sino por regiones donde coexisten varios idiomas y varias culturas, que son más o menos afines, que se

solapan de forma más o menos armoniosa, pero que están desde luego muy lejos del modelo tradicional de sólido monolingüismo que mencionaba más arriba.

Hay una abundante variedad de casos que demuestran lo falso de esta percepción monológica. Y así por ejemplo podemos hablar de la situación del Mediterráneo al final de la Edad Media y el Renacimiento, con la existencia del *pidgin* que se usaba en los puertos mediterráneos durante los largos siglos en los que el transporte marítimo determinaba el comercio no sólo de bienes, sino también de ideas e influencias de lo más variopinto—arte, literatura, filosofía, religión. Cualquier visita a un museo arqueológico en cualquier ciudad del Mediterráneo demuestra que este intercambio cultural fue, y continúa siendo, muy activo. Ha sido así desde hace al menos tres milenios, si no más. El venerable multilingüismo mediterráneo es perfectamente equiparable a su análogo actual en el Subcontinente Indio, o la situación en la actual Federación Rusa, dentro de las cuales coexisten múltiples lenguas y culturas—un fenómeno que claro está no es nuevo, sino que se remonta a milenios.

Otro interesante—y productivo—caso contemporáneo que revela los productos culturales resultantes del íntimo contacto entre el español y el inglés en los EEUU es el denominado Spanglish. La intersección de estas dos comunidades y sus respectivas tradiciones se plasma en novelas híbridas como *The Brief Wondrous Life of Oscar Wao* (Junot Díaz, 2007).

Hace ahora casi medio milenio, Francisco Delicado también levantó acta del hibridismo lingüístico en la Roma de las dos primeras décadas del siglo XVI en su *Lozana Andaluza*. A su manera, *La Lozana Andaluza* es una muestra del plurilingüismo europeo del siglo XVI, plasmado en su retrato de una de las ciudades más cosmopolitas del continente. En la siguiente parte de mi charla de hoy, me propongo explorar las relaciones entre la traducción, el plurilingüismo y la idea de Europa en el Renacimiento. Unos temas que resuenan en nuestros días.

La traducción y la idea de Europa en el Renacimiento

En *Is that a Fish in your Ear?* (Penguin, 2012) David Bellos ofrece un repaso a los orígenes, la historia, y la naturaleza de las modernas prácticas de la interpretación simultánea, comenzando por los desafíos sin precedentes que planteó el Juicio de Núremberg tras la Segunda Guerra Mundial, o el modo de organizar la interpretación y también por supuesto la traducción en el ámbito de organismos internacionales como la ONU.

Este recorrido incluye también una descripción de los principios político-jurídicos que subyacen al funcionamiento de la Unión Europea, en la que han de coexistir numerosos lenguajes de manera simultánea—todos ellos en pie de igualdad política. Los desafíos de carácter práctico, y las dimensiones políticas que plantea la práctica de la interpretación y la traducción en instituciones como la ONU o la Unión Europea sirven a Bellos para demostrar el carácter omnipresente de la traducción no sólo en nuestro mundo globalizado, sino también a lo largo de la historia.

La descripción que Bellos hace del plurilingüismo europeo en su versión actual, y la forma en que se ha resuelto esta cuestión en el marco de la Unión resuena con uno de los momentos fundacionales de Europa en la Edad Media. Se trata del Juramento de Estrasburgo, usado por Bellos para ilustrar el papel que juega la traducción en el establecimiento de complejas comunidades políticas plurilingües.

El Juramento de Estrasburgo es el documento fundacional de los idiomas de los dos principales países fundadores de la Unión Europea. Este juramento lo efectuaron en el año 842 dos nietos de Carlo Magno, Carlos el Calvo y Luis el Germánico. Ambos hablaban idiomas diferentes: uno se expresaba en un dialecto temprano del alemán, y el otro en una lengua que con el tiempo evolucionaría hacia el francés actual.

Cada uno de ellos juró fidelidad al otro en el idioma ajeno, frente a sus respectivas tropas, las cuales quedaban también así incorporadas al compromiso de no agresión y de ayuda mutua que el juramento establecía—frente al común enemigo, Lotario, la razón por la que se había establecido la alianza sellada por el juramento mutuo.

Esta alianza se plasmó en un texto bilingüe, escrito a dos columnas. David Bellos concluye que este documento no sólo es fundacional en lo que respecta a los idiomas francés y alemán. También constituye un momento fundacional para las políticas lingüísticas de la Unión Europea.

A pesar de que por razones políticas y protocolarias, el texto se escribió en proto-francés y proto-alemán, las reuniones de trabajo, y el borrador original con toda seguridad se realizaron en latín: el idioma universal de las élites de poder en la Edad Media.

Y como el latín en la Edad Media, hoy en día la Unión Europea también tiene una lengua de trabajo, una *interlengua* para uso diario y práctico en los pasillos y las oficinas de sus sedes administrativas, políticas y diplomáticas: es el inglés. Pero no es que los textos se redacten en inglés.

En primer lugar un subcomité o comité se reúne para hacer el borrador de una normativa, por ejemplo. En esta fase se usa cualquiera de los tres principales idiomas de trabajo de la UE (alemán, francés, o inglés), aunque siempre hay en el comité expertos en varios otros idiomas. El primer borrador se debate, no sólo en términos de su contenido, sino en cómo éste se va a expresar en los demás idiomas. El borrador se traduce entonces a las demás lenguas, y el comité vuelve a reunirse con posterioridad para allanar problemas e inconsistencias, para homogeneizar de la manera más eficiente las diferentes versiones—dado que han de tener el mismo valor jurídico en los diferentes países. En otras palabras, han de tener el mismo valor pragmático y el mismo poder elocutivo, en tanto que actos de habla, en todos los idiomas y culturas que componen la Unión Europea.

Los autores de todos estos borradores son expertos en idiomas además de funcionarios y administradores. El resultado es una compleja red de relaciones entre normas legales y administrativas—que se han de armonizar—y las normas lingüísticas, con sus correspondientes equivalencias, que también se han de armonizar.

Una vez establecidas las voluntades políticas la armazón de la Unión Europea se fundamenta por tanto en las traducciones y en las equivalencias lingüísticas de las normativas y las leyes que entretejen su complejo sistema administrativo y legal.

Europa ha sido siempre así. Desde el momento fundacional de Carlomagno, hasta nuestros días.

Pero junto a este episodio medieval relatado por Bellos, hay otro momento fundacional que también media entre el Juramento de Estrasburgo y el actual entramado plurilingüe que es la administración política de la Unión Europea. Se trata del movimiento filológico que despegó en Italia en el siglo XV y se extendió por toda Europa en el XVI. Sin la emergencia del humanismo filológico, y sobre todo sin su acercamiento empírico-crítico a los textos tanto de la Antigüedad Clásica como a los textos sagrados, la reforma protestante no podría haber tenido lugar. Sin el humanismo filológico y el lugar implícito de la traducción dentro de su programa de estudios y de práctica intelectual—un aspecto del tránsito de la Edad Media a la Alta Modernidad que ha sido muy poco estudiado—tampoco otros importantes fenómenos habrían emprendido la senda de cambios que condujeron a nuestro mundo actual.

Esto incluye el papel de la traducción y las políticas lingüísticas en la emergencia de ideas de identidad nacional, la creación de comunidades lingüístico-políticas, o el profundo impacto de la recuperación—a través de la filología empírica y de la traducción—de conocimientos del pasado clásico y de otras culturas ajenas a Occidente.

Sin la invención de la imprenta, sin el empuje intelectual y pragmático del pensamiento lingüístico establecido por el humanismo, y sin la práctica de la traducción—que se intensificó hasta alcanzar niveles sin precedentes durante los siglos XV, XVI y XVII—la Ilustración sencillamente nunca habría podido emprender los derroteros que tomó, y por tanto los valores y la infraestructura cultural y política que constituyen los fundamentos de Europa (y por extensión, de Occidente) habrían sido muy diferentes.

El pensamiento lingüístico del renacimiento, representado por figuras como Lorenzo Valla, constituye también el fundamento de una de las aseveraciones que atraviesan el volumen de Bellos y justifican su muy acertado anti-platonismo en lo que toca al significado y la forma en que éste se constituye. Dicho pensamiento se halla encapsulado en una aseveración que hace el propio autor en su página 267:

‘In the great basement that is the foundation of all human activities, including language behaviour, we find not anything as abstract as ‘pure meaning’, but common human needs and desires.’

Bellos considera superada la idea de que existe una entidad abstracta, fuera del lenguaje—o al menos analíticamente separable de su expresión verbal—que tradicionalmente se ha venido llamando ‘significado’. Esto lleva a Bellos a negar que se pueda concebir la traducción como el trasvase de significado de un código a otro. Bellos niega también la idea de que haya aspectos de ciertos textos que resulten intraducibles, o inefables. Si algo se puede expresar a través de un lenguaje—esto es, si se puede compartir dentro de una comunidad de hablantes—eso también lo hace accesible a otra.

El fundamento de esta idea se halla en un período fundacional durante el cual la filosofía del lenguaje, la traducción y las nuevas tecnologías coincidieron para generar cambios fundamentales en la cultura europea. El pensamiento humanista, con su nuevo acercamiento al lenguaje, con su método de análisis filológico también subyace a la idea de que ‘el hombre es el estilo’.

La idea fundamental de que somos humanos sobre todo porque la evolución nos ha convertido en animales locuaces se halla ya en el poeta inglés del siglo XVI y XVII Ben Jonson, quien a su vez lo encontró en el pensamiento humanista de Juan Luis Vives. Y Vives trabajaba—casi literalmente—mano a mano con Erasmo en la tradición inaugurada por Lorenzo Valla. Todos ellos eran a su vez herederos del pensamiento retórico de Quintiliano y Cicerón, quienes ya recomendaban la traducción para mejorar el estilo. Lorenzo Valla, Erasmo y Juan Luis Vives constituyen tres pilares fundamentales no sólo de la teoría lingüística de la Alta Modernidad. Son también ejemplos de la relevancia práctica de la traducción, y de los procesos

transformativos que puso en marcha este movimiento intelectual. De esta tradición bebió toda la Europa ilustrada.

David Bellos ilustra su acercamiento a las consecuencias históricas y a las dimensiones políticas de la traducción por medio de otros ejemplos. Y así da cuenta de la íntima conexión entre traducción y diplomacia a través del caso de las relaciones comerciales entre la república de Venecia y el Imperio Turco. En este contexto la casta de los griegos Fanariotas usó su habilidad para la mediación comercial, política y diplomática a través de la traducción y la interpretación, para erigirse en ministros y embajadores de los sultanes turcos—a pesar de que vivían como cristianos en un régimen musulmán. La historia de estas familias constituye toda una demostración de la importancia del papel de la traducción y la interpretación en las relaciones internacionales.

El importante papel jugado por la diplomacia, la reforma protestante, y los traductores en el establecimiento de una idea de Europa durante el renacimiento encuentra un ejemplo paradigmático en el caso de Andrés Laguna. Laguna nació en 1499, y desarrolló su actividad profesional a lo largo de la primera mitad del siglo XVI. Médico, enciclopedista, botánico, filólogo y traductor, se educó en las universidades de Salamanca y París.

A lo largo de su vida, Laguna viajó por toda Europa, desde Londres hasta Roma, pasando por Alemania, Francia y los Países Bajos, además de su Castilla natal, claro está.

En París Laguna ya se curtió como editor de tratados médicos y de obras tanto médicas como de filosofía moral. Vuelve a España después de su periodo parisino y se establece como parte del equipo de médicos que trabaja al servicio del emperador Carlos V y de su esposa, la emperatriz Isabel de Portugal. Tras la muerte de ésta, encontramos que Laguna se marcha a Londres una temporada—probablemente lo hizo huyendo de la situación creada tras la muerte de la emperatriz: tanto Laguna, como otro de los médicos de la emperatriz Francisco López de Villalobos, eran judíos conversos, y la atmósfera de sospecha debió enrarecer el ambiente en la corte, recomendando un cambio de aires para Laguna.

A pesar de que su estancia fue muy corta—al parecer tan sólo unos meses—Londres causó una profunda impresión en Laguna, y de su visita quedan testimonios en varios de sus libros. Una de ellas se encuentra en su *Dioscórides*, su traducción al castellano de una famosa enciclopedia botánica de origen griego.

Una de las características del *Dioscórides* en la traducción de Laguna es que no consiste en una mera enciclopedia. También incluye un diccionario plurilingüe (del cual hablaremos dentro de un momento), y sobre todo contiene entretenidas anécdotas interpoladas por el propio Laguna: desde chistes, hasta reflexiones políticas o morales, poemas, parodias, y episodios autobiográficos. En su entrada acerca de los usos medicinales de los gallos y las gallinas, Laguna, tan amigo de las digresiones, nos cuenta que estando un día en Londres, vio una pelea de gallos. Dicha pelea causó una gran impresión en Laguna, que en el *Dioscórides* nos cuenta:

Deshaziendo pues yo aquella manera de pasatiempo, delante de algunos gentiles hombres Ingleses, y diziendoles que me parecía gran niñería y baxeza, hazer d'ella tanto caudal, acudió un cauallero llamado Thomas Huuyat, hombre de raro ingenio, el qual hauia sido Embaxador ciertos años en la corte de la Cesarea, y tomando la boz de todos, me respondió, No es sino cosa muy graue, necessaria, y digna de ser celebrada en qualquiera bien instituida Republica: pues dexado a parte el pasatiempo que se recibe grande de aquella lucha, no ay Principe, ni Capitan alguno, de quantos en ella presentes se hallan, que contemplando con quanto heruor a costa de sus propias vidas, procuran estos animalejos victoria en lo que les va nada, aunque sea de natura couarde, no cobre vn cierto vigor de animo, para o vencer, o morir valerosamente, siempre que conuiniere pelear por los hijos, por la religion, por los templos, y finalmente por la honrra y salud de la patria. Las quales razones tan viuas, adornadas de palabras muy elegantes, luego me conuencieron

La impresión que Londres y Wyatt causaron sobre Laguna fue muy duradera, porque cuatro años después de su viaje, en 1543, Laguna dio un discurso en Colonia, titulado *Europa*

Heautimoroumene: éste era un lamento por el lamentable estado del continente, en el que Europa aparece alegorizada como una madre atormentada por sus propios hijos.

El emperador Carlos V y sus seguidores y aliados, han sido los únicos, dice la pobre Europa, que han acudido en su socorro. En su discurso, Laguna menciona una larga lista de amigos de Europa, que incluye católicos, protestantes, diplomáticos y autoridades religiosas—el único diplomático inglés que aparece en la lista es Sir Thomas Wyatt, a quien cuenta entre aquéllos que se habían esforzado para alcanzar un acuerdo pacífico para toda Europa.

El pacifismo de Laguna se enmarca dentro de una tradición de décadas, que viene de Erasmo y Juan Luis Vives, y que se prolonga en el futuro hasta llegar, por ejemplo, al pacifismo republicano de Emmanuel Kant en el siglo XVIII. En este aspecto, como en tantos otros aspectos de su vida y su obra, Laguna es uno de los muchos precursores de la Ilustración.

Cuando Laguna diseña su discurso sobre Europa, piensa en una audiencia de hombres intelectualmente preparados y tolerantes—sin controversia, en sus propias palabras—que no caen víctimas de los extremismos religiosos que estaban destrozando Europa—y que continuarían haciéndolo durante muchas décadas.

En el discurso de Laguna Europa se piensa como una comunidad cultural cohesionada por las dos grandes tradiciones: la judeocristiana, por un lado, y por otro la de la pagana antigüedad clásica. Y lo que sostenía esta tradición, la que la había mantenido viva y latente durante la Edad Media, y a finales del XV y comienzos del XVI la estaba revitalizando con renovadas energías, era la red internacional de traductores que se había afanado en la transmisión de los grandes autores, poetas, filósofos, y científicos de Grecia y Roma.

En primer lugar, habían traducido obras del griego al latín. Y luego de estos dos idiomas a las diferentes lenguas vernáculas sobre las que Europa estaba entretejiendo una red de identidades nacionales.

El italiano había sido pionero en esto: razón por la cual este idioma gozaba de mayor capital cultural, y por tanto era el idioma fuente del que se traducían muchísimos textos a otras lenguas vernáculas. El italiano incluso hacía de idioma-puente: las traducciones al italiano de obras latinas y griegas, y de otras lenguas vernáculas, eran con mucha frecuencia la fuente para traducciones a otros idiomas; el francés iba en segundo lugar en esto, pero también era un importante idioma puente.

El hecho de que los italianos hubieran sido pioneros en la traducción de los clásicos a su propio idioma tiene mucho que ver con esto—como lo tiene que también habían sido pioneros en el desarrollo de la diplomacia como un sofisticado arte.

Wyatt, en tanto que diplomático y poeta, por un lado, y por otro Laguna como médico, científico, y filólogo, encontraron un interés común por los asuntos europeos y por la traducción. El encuentro entre este científico judeo-español y el italianizado embajador inglés Sir Thomas Wyatt, dos hombres de letras internacionales, y su repercusión en la traducción de Laguna ilustra el papel que jugaron los diplomáticos y los traductores en la construcción de una idea plurilingüe de Europa, armada sobre las redes textuales facilitadas por los impresores y por los editores, que se encargaban de la producción y la edición de textos.

Tanto Laguna como Wyatt son ciudadanos europeos, si entendemos Europa como una constelación transnacional de comunidades literarias, científicas y académicas. Laguna y Sir Thomas Wyatt eran parte del numeroso grupo de humanistas, diplomáticos y exiliados que cruzaban el continente en busca de promoción, refugio u oportunidades profesionales. Un vistazo incluso superficial revela que esta élite internacional intercambiaba correspondencia entre sí, además de dedicarse a la traducción, comentario, y composición de textos—con frecuencia asociados a editores e impresores, con los que formaban equipos de trabajo muy productivos.

Si Wyatt es un ejemplo claro para ilustrar el papel que la traducción juega en el establecimiento de las tradiciones literarias, Laguna representa su papel fundacional en el ámbito de la ciencia y el conocimiento. Laguna puso sus conocimientos como filólogo al servicio de la traducción literaria y científica. El latín era—y durante algún tiempo lo siguió siendo—el lenguaje por excelencia de la ciencia, la filosofía y el conocimiento en general. El propio Laguna compuso un importante número de obras en latín, con lo cual se aseguraba una audiencia internacional de lectores de élite. Pero también eligió convertirse en un importante

divulgador en castellano, el lenguaje que hablaba y leía un mayor porcentaje de población lectora en los reinos hispanos.

Como he mencionado más arriba, la traducción de importantes obras de la antigüedad grecolatina a los diferentes idiomas que estaban floreciendo a la par que las nuevas identidades nacionales y los estados asociados a ellas, contribuyeron a renovar la idea de Europa moderna como un conglomerado multilingüe unido por la cultura clásica.

Nicolás Maquiavelo en *El Príncipe*, ya había formulado una idea de Europa como un conjunto de estados en busca de un equilibrio precario. Y Maquiavelo contraponía esa fragmentación—que se había desarrollado a lo largo de la Edad Media—con la unidad que había proporcionado el Imperio Romano.

Una unidad de la que era una parte muy importante el idioma: el latín había articulado la cultura y las leyes del imperio. Esto lo sabían muy bien los humanistas italianos del siglo XV, como el gran Lorenzo Valla, quien identificaba el latín con el imperio: allí donde estaba presente el latín, y las leyes que en ese idioma había formulado el poder de Roma, allí seguía estando el imperio—el latín era para el imperio, decía Valla, casi un sacramento.

Era de este ingente capital político y cultural del imperio romano del que intentaban apropiarse los emergentes estados-nación y las lenguas vernáculas asociadas a los mismos. Y esta apropiación del capital de Roma se hacía por medio de trasvases y procesos que se pueden describir como actos de traducción cultural, más allá de la mera traducción de textos científicos y obras literarias—un caso icónico, por ejemplo, es el de los frescos pintados por Rafael para la *Stanza della Segnatura* en el Vaticano.

Era este legado del imperio romano combinado con la tradición judeocristiana el que Carlos V había tratado de activar para su proyecto de *Universitas Christiana*: el viejo proyecto medieval de un solo gobierno para toda la cristiandad—y por extensión para todo el mundo: en otras palabras, la idea de un gobierno global—algo que también recibió un importante empuje, ya en su versión secularizada, durante la Ilustración, y aún más allá.

Para encontrar testimonios de esta política de apropiación imperial de Carlos V no tenemos que ir muy lejos. En Granada, y tan sólo a unos pasos de este edificio, tenemos importantes testimonios del programa de apropiación cultural—de traducción cultural—que emprendió Carlos V: con la fachada de la catedral en forma de arco del triunfo romano, construido sobre las ruinas de la mezquita mayor, o el palacio que lleva su nombre, inscrito dentro de la Alhambra como una traducción en piedra de la arquitectura original de Roma.

El humanista sevillano Pedro Mejía escribió una historia, en orden cronológico, de los emperadores de Roma, se trata de su *Historia Imperial y Cesárea*, completada en 1545—sólo dos años después del discurso de Laguna: esta historia abarca desde Julio César hasta Maximiliano, abuelo y predecesor de Carlos V. La estirpe del emperador Carlos queda así historizada como el último eslabón en la genealogía del imperio, y a Carlos V se le vislumbra al final del libro como el nuevo César—el libro además va dedicado por Mejía al hijo del emperador, el entonces príncipe Felipe—como para recordarle cuál era su pasado, y cuál su destino futuro como continuador de una milenaria estirpe de emperadores.

Todos estos son actos de apropiación de capital cultural y político, al servicio de la máquina de propaganda del emperador Carlos V—todos estos son actos de traducción cultural, entendidos en ese sentido amplio que mencioné al comienzo de mi charla hoy.

Pues bien, dos años antes de la publicación de la *Historia Imperial y Cesárea* de Mejía, en 1543, y bien lejos de Sevilla, Laguna también se esforzaba por articular una idea de Europa unida bajo el liderazgo del Emperador Carlos V—con su discurso sobre la *Europa Atormentada*.

Pero Carlos V fracasó en este proyecto de *Universitas Christiana*. Pese a sus esfuerzos diplomáticos, no pudo primero convencer a Católicos y Protestantes para que arreglaran sus diferencias de forma pacífica, a través de un concilio, y así poder evitar el cisma en el cristianismo occidental. Cuando esto ya no era posible, también fracasó Carlos V en su intento por derrotar al protestantismo en el campo de batalla. Y así, tras renunciar a unir a toda Europa bajo un solo monarca y una sola fe, acabó retirándose a Yuste, con la salud maltrecha tras dejar sus energías, y sus ánimos, derramados por los caminos, y las campañas que le habían llevado a recorrer todo el continente.

Ya en el propio discurso de Laguna, y en su labor como traductor—y en la de muchos otros de sus contemporáneos—emerge una idea de Europa que se levanta sobre las cenizas de este universalismo cristiano, como un mosaico de comunidades lingüísticas y de los textos y los actos comunicativos que las articulan. Esta Europa que despunta comienza ya a gravitar, y a apoyarse, más que sobre la tradición esencialmente cristiana, sobre los nuevos conocimientos entretejidos por redes culturales seculares, basadas en la tradición común de la Antigüedad Clásica y su legado pagano.

En Laguna y en muchos otros, Europa no es un bloque sólido sino que sus fragmentos políticos, lingüísticos y culturales se sostienen sobre una red de textos y traducciones. Son estos trasvases culturales propiciados por las traducciones los que proporcionan cohesión a la unidad cultural de Europa, a la vez que, paradójicamente, también establecen diferencias entre sus comunidades lingüísticas y sus estados.

La traducción y el comercio de libros se encontraban entre los más importantes agentes que proporcionaban cohesión a este complejo conglomerado continental. A través de los procesos virtuales de intercambio lingüístico que usaban como soporte material a las redes productivas de la imprenta y de intercambio comercial de libros, circulaba un variado catálogo de estándares discursivos y de valores culturales que hacían de Europa un mosaico variado pero coherente formado por una multiplicidad de esferas: leyes, doctrinas religiosas, ideas políticas, géneros literarios, literatura de entretenimiento, imágenes artísticas, tratados de arquitectura, además de una gran variedad de disciplinas científicas.

Estas esferas, a su vez, consistían en comunidades de lectores que a su vez eran el resultado de las nuevas condiciones materiales y culturales propiciadas por la revolución tecnológica que era la imprenta, y también entraban en una compleja relación con el mercado de libros porque creaban demandas, lo cual a su vez llevaba a la producción de nuevos libros en nuevas direcciones—esto es, creaban nuevas líneas de expansión de estas redes culturales, comerciales y de traducción.

Es cierto que la revolución de la imprenta fue un gran agente de cambio que revolucionó la historia y la cultura de Europa—el filósofo inglés Francis Bacon dijo, en una famosa declaración, que la imprenta, la pólvora, y la brújula eran los responsables de los grandes cambios que se estaban viviendo en Europa. Y efectivamente así fue en lo que respecta a la transmisión y el progreso de las ciencias y el conocimiento, así como para la expansión militar, económica y política de occidente que llevó a la creación de los grandes imperios que desde el siglo XVI al XX han dominado el mundo—un ciclo histórico de más de medio milenio que, por cierto, ahora parece estar llegando a su fin.

Yo añadiría, además de la imprenta, la pólvora y la brújula, a la traducción a esta lista de agentes de cambio que contribuyeron a homogeneizar, solidificar y expandir el espacio cultural europeo, a través de la creación de puentes y trasvases entre la antigüedad clásica y las nuevas lenguas vernáculas, por un lado, y entre estas últimas entre sí.

Dejen que les ponga un ejemplo: A finales del siglo XV, y siguiendo la estela de Lorenzo Valla y sus *Elegantiae linguae latinae*, el gramático español Elio Antonio de Nebrija puso los cimientos para homogeneizar el uso del castellano con su *Gramática de la lengua castellana* de 1492.

Se puede decir que la *Gramática* de Nebrija es un trasvase, una apropiación, una traducción cultural, de los principios de uso y norma lingüística que había establecido Lorenzo Valla para el latín. Si para Valla el latín era como una especie de sacramento para el imperio, Nebrija presentó a la reina Isabel su nueva gramática, aduciendo que la lengua siempre fue compañera del imperio. Tanto Valla como Nebrija, el uno para el latín, y el otro para el castellano, el uso del lenguaje ha de basarse en el ejemplo de los mejores autores. A eso dedicaron sus esfuerzos.

Unas décadas más tarde, en 1549, el humanista y poeta francés Joachim Du Bellay publicó su famosa *Defensa e ilustración de la lengua francesa*: la intención declarada de Du Bellay era probar que el francés podía desplegar el mismo nivel de excelencia que habían alcanzado otros idiomas. Esta capacidad, decía Du Bellay, quedaba ratificada por los numerosos libros, de los mejores autores pasados y presentes, que se habían traducido al francés últimamente. Y Du Bellay describe el mejor lenguaje que se pueda usar, por medio de la técnica retórica de la

elocución, como aquel que se fundamente en vocabulario común y corriente, como moneda en curso.

En 1540, el gramático Palsgrave, produjo una edición bilingüe de una famosa obra neolatina, *Acolastus*. Palsgrave lo tradujo al inglés, y lo dedicó al aprendizaje del latín en su país, pero también a la mejora y homogeneización del uso y el estilo del inglés, a través de ejercicios de traducción e imitación. En la introducción a este libro, Palsgrave se dirige al rey Enrique VIII para dedicarle el libro, y describirle su utilidad:

“... the speache of your graces subiectes shoulde by that meane haue a great aduantage to waxe vniforme, throughe out all your graces dominions”.

“el habla de vuestros súbditos, mejorará al hacerse uniforme por todo el reino”

Esto tiene importantes implicaciones no solamente administrativas, sino también políticas. La traducción hace país, podríamos decir. Tanto Nebrija en España, como Palsgrave en Inglaterra y Du Bellay en Francia, reconocen y defienden el uso de la traducción, y de la apropiación estilística del latín, para aportar capital cultural y lingüístico a sus propias comunidades culturales. Se trata de un claro ejemplo de traducción cultural, en todos sus niveles.

En estas décadas florecen en Europa los manuales para la enseñanza del latín, por supuesto, pero también para el aprendizaje de otros idiomas: y la técnica que se usaba en el periodo era la de la doble traducción. Y también para la difusión del conocimiento.

El soporte impreso—la invención de la imprenta—junto con los mecanismos de traducción y enseñanza de idiomas, crearon un público lector a nivel europeo, entre el cual pudo circular con tremenda fluidez el conocimiento, las ciencias, los nuevos avances, las nuevas ideas. Este público lector—que también era un mercado—se amplió al publicarse traducciones, y también originales, en los respectivos idiomas nacionales—que mucha más gente podía leer—en tanto que el latín sólo estaba disponible para una élite.

El método filológico de recuperación de textos antiguos, su ‘limpieza’ y fijación, para luego pasar a traducirlo y darlo a la estampa, lo describe muy el propio Andrés Laguna:

La orden que tuuimos de fabricar la presente obra, ò Amigo Lector, fue la siguiente. Primeramente procuramos de buscar todos los Codices Griegos de Dioscorides, ansi estampados, como escriptos de mano, y antiquissimos, que pudimos hallar en Italia: y después de hauerlos conferido y encontrado vnos con otros, hezimos la translation, siguiendo los mas fieles y verdaderos de todos ellos: y anotando juntamente en los márgenes, los mesmos lugares Griegos, ò do quiera que conuenia discrepar de los otros interpretes: para que pudiesse cada vno sobre la tal discrepantia ser juez.

La traducción, junto con la filología y la imprenta, se convierten en aliados de los humanistas que buscan iluminar y educar al nuevo público lector. El propio Andrés Laguna se hace eco de este programa en su traducción al castellano de unos discursos de Cicerón, publicados en Amberes en 1557:

No dexaré, mientras tuviere ocio, de dar luz al vulgo imperito y sacarle de las tinieblas de la ignorancia, dándole muchos autores graves, así griegos como latinos, trasladados en su vulgar español, de cuyas muy claras fuentes pueda beber hasta hartarse, no solamente filosofía y medicina, pero también retórica

El papel de los impresores, editores, y gramáticos en la difusión del conocimiento, en el establecimiento de textos limpios, y su posterior traducción queda patente en el *Dioscórides* de Laguna. Para traducir este texto al castellano, además de los manuscritos y libros griegos que mencionaba anteriormente, uno de los originales que Laguna había usado era una versión latina del texto original griego, traducida por Jean de la Ruelle, publicada por primera vez en París en 1516.

Pero esa no fue la edición de la traducción de Ruelle que usó Laguna: él usó una nueva edición de esta traducción que se había publicado en Alcalá de Henares en 1518 bajo la supervisión editorial del propio Elio Antonio de Nebrija—quien además añadió un apéndice léxico con los nombres de las plantas en latín y castellano.

Laguna, a su vez, usaría este léxico de Nebrija para ampliarlo en su propia traducción castellana. En su introducción a la traducción del *Dioscórides*, Laguna anuncia que para facilitar la comunicación de sus contenidos a otras naciones, ha incluido tras cada una de las entradas en esta enciclopedia botánica, las traducciones de los nombres de los animales y plantas en cuestión a 9 idiomas diferentes, y ha ilustrado cuidadosamente la enciclopedia, para la fácil identificación de aquellas plantas que se suelen encontrar en Europa.

Laguna escribe por tanto en los albores de la Edad Moderna, que son también los albores del enciclopedismo. Su trabajo llegó a una gran diversidad de lectores, más allá de las audiencias especializadas de científicos y humanistas.

Este es el periodo en que comienzan, como hemos dicho antes, a hacerse comunes los manuales para aprender idiomas, y el uso del método de la doble traducción; también comienza ahora el auge de la lexicografía, una tendencia que, como el enciclopedismo, encontrará su momento álgido con la Ilustración y los grandes diccionarios publicados entonces—diccionarios cuyas semillas se plantaron en el siglo XVI.

En conclusión, Laguna y sus contemporáneos ejemplifican el nacimiento de una Europa moderna que entreteje su cultura por medio de la interacción dialéctica entre la tendencia centrífuga de la diversidad lingüística, por un lado, y por el otro la cohesión centrípeta que produce el proceso de traducción de los grandes autores del pasado griego y romano y las redes de conocimiento establecidas por los traductores, los textos traducidos y en general por el intercambio cultural establecido por medio del mercado de libros.

Un papel importante, como hemos visto, en este mercadeo de libros e ideas intercontinental, pertenece a la diplomacia, a los agentes culturales y políticos dedicados a las relaciones internacionales. Y a una de estas figuras quiero dedicar la última parte de mi conferencia hoy. Se trata de James Mabbe, el primer traductor de Cervantes al inglés, profesor de idiomas además de diplomático.

Mabbe ilustra muy bien el intercambio de información, el fenómeno eminentemente comunicativo, en que consiste la traducción, y cómo ésta suele ir de la mano de procesos que se ocupan del intercambio de información de manera más subrepticia a través del espionaje.

Traducción – espionaje – diplomacia

Las relaciones internacionales, sean comerciales, políticas o de cualquier otro tipo, requieren técnicos en traducción y mediación cultural, como vimos al comienzo de esta charla. Pero las relaciones internacionales tienen también un subsuelo, unas cañerías, o alcantarillas que trascurren bajo el ropel de las embajadas, las cumbres políticas y el intercambio de mensajes a través de los canales públicos y de los medios de comunicación. Para este tipo de inteligencia, esto es, para el espionaje, también hacen falta técnicos en mediación cultural y traductores.

Recientemente hemos visto en los titulares el escándalo del espionaje de las agencias estadounidenses y británicas en las redes sociales y en la telefonía. Los actuales sistemas de espionaje electrónico hacen uso de máquinas de traducción automática para realizar una primera criba entre los miles de millones de mensajes que se han de explorar, y hemos visto también cómo las agencias de inteligencia se han servido de las redes sociales, que son enormes repositorios de información de todo tipo, para llevar a cabo su tarea.

Como sabemos muy bien, con frecuencia esta recogida de información secreta se realizaba (y se realiza) a través del personal de las embajadas. El propio delator de la red de espionaje electrónico de los Estados Unidos e Inglaterra que ocupa las portadas y los titulares estos días, Edward Snowden, estuvo hace algún tiempo asociado a la embajada norteamericana en Ginebra.

En la tardía Edad Media y durante el Renacimiento, la república de Venecia en sus relaciones con el Imperio Otomano también hacía uso de traductores / espías para recoger información. No es casualidad que Venecia, una gran potencia comercial, fuera también cuna de una gran escuela de intérpretes y traductores, una potencia en lo que se refiere a la publicación de libros (una potencia editorial, con grandes impresores innovadores), además de la cuna de grandes diplomáticos.

La asociación entre espionaje, diplomacia, y traducción es bien antigua. El personaje del que me propongo hablar durante los próximos minutos es un ejemplo bien claro de ello.

Nacido a finales del siglo XVI, James Mabbe se ha hecho famoso por sus traducciones de grandes clásicos de la literatura española del Siglo de Oro. En concreto, a él se debe la primera traducción del *Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán (*The Rogue*, 1622), de *La Celestina* de Fernando de Rojas (*The Spanish Bawd*, 1631), o de algunas de las *Novelas Ejemplares* de Cervantes (*Exemplarie Novells*, 1640).

De Mabbe nos interesa su papel como mediador cultural entre España e Inglaterra en un momento en que las relaciones entre los dos países atravesaban momentos delicados, llenos de altibajos. Pero también nos interesa su posición en las redes internacionales de diplomáticos, espías, lexicógrafos, traductores y otros agentes de intercambio literario y artístico.

Mabbe estudió en la Universidad de Oxford, a donde llegó en 1586, y a la que permaneció asociado durante el resto de su vida como ‘fellow’ en Magdalen College, aunque como veremos pasó importantes periodos fuera de Inglaterra. El más conocido de ellos fue una estancia en Madrid, entre aproximadamente 1611 y 1614, como secretario del embajador inglés ante la corte de Felipe III, Sir John Digby.

Mabbe también tenía importantes contactos en Londres: uno de sus editores fue Edward Blount, quien también publicó la primera edición de las obras de Shakespeare, el justamente famoso *First Folio* de 1623—que vio la luz tan sólo un año después de que Blount también publicara la traducción que Mabbe hizo del *Guzmán de Alfarache*. El propio Mabbe contribuyó con un soneto a la lista de poemas que abren las obras de Shakespeare, como era costumbre hacer en la época.

También Mabbe está entre los que proporcionaron poemas laudatorios para la primera edición de un importante diccionario Italiano-Inglés compuesto por John Florio (*Queen Anna's New World of Words*), también publicado por Blount en 1611.

Edward Blount era un verdadero agente cultural, con un impecable ojo para escoger obras que se convertirían en clásicos: también Blount publicó una influyente traducción de los *Ensayos* de Michel de Montaigne (una traducción hecha por el propio John Florio en 1613), además de la primera traducción del Quijote al inglés, producida por Thomas Shelton, y publicada tan sólo unos cuantos años después de la publicación del original en España.

Londres era en esta época un floreciente centro cultural que producía una gran cantidad de traducciones al inglés, además de libros en otros idiomas. Esto había sido posible gracias al comercio —Londres ya se empezaba a convertir en un centro comercial de primer orden— y también gracias al elevado número de exiliados protestantes que se habían establecido en Londres, en Oxford y en Cambridge, huyendo de la persecución religiosa en sus respectivos países: el propio John Florio—lexicógrafo, traductor y profesor de idiomas—era hijo de Michael Angelo Florio, un protestante italiano que se había refugiado en Londres. Había también españoles exiliados, como Antonio del Corro, y otros italianos como Alberico Gentili. Estos dos últimos ejercían la docencia en Oxford y Cambridge, donde también producían textos de capital importancia.

Antonio del Corro era un luterano de Sevilla que tuvo que huir al exilio, primero por Suiza, Francia y los Países Bajos, hasta que finalmente se asentó en Inglaterra. Entre Londres y Oxford se dedicaba a publicar escritos pidiendo a Felipe II tolerancia para los protestantes en los Países Bajos. También se dedicaba a la enseñanza de teología, latín, francés y español; y también compuso una influyente gramática del español, primero para uso de los franceses, y luego para el uso de los ingleses—tras ser traducida por John Thorius.

Otro protestante exiliado, Alberico Gentili, se afanaba en la elaboración de ideas políticas que llevarían al desarrollo del derecho internacional moderno (*De jure belli*, 1598). La obra de Gentili tendría una gran influencia sobre importantes pensadores posteriores como Hugo Grotius. Gentili también se dedicó a teorizar sobre el estatus legal de las embajadas (*De legationibus*, 1585). Algunas de las modernas y avanzadas propuestas de Alberico Gentili incluían la separación de la lealtad política y la lealtad religiosa, una propuesta que él fundaba en la separación entre el derecho y la teología.

El caso de Antonio del Corro (intentando promover la tolerancia, y estableciendo puentes a través de la traducción y la enseñanza de idiomas), por un lado, y por otro el de Alberico Gentili, armonizando la legislación internacional, y promoviendo la separación de iglesia y estado, son buenos ejemplos de cómo Europa se construyó como una comunidad internacional sobre la obra y los esfuerzos de estos verdaderos ciudadanos de la república internacional de las letras, que se desplazaban constantemente por todo el continente—como fue el caso de Andrés Laguna—involucrándose en todo tipo de intercambios y traducciones culturales.

Durante sus años de formación en Oxford James Mabbe estuvo por consiguiente expuesto a todas estas ideas, y a este tipo de controversias. Es posible, incluso, que fuera el propio Antonio del Corro quien le enseñara sus primeras letras en español—aunque esto es mera especulación. En Oxford Mabbe también tenía una red de contactos y conocidos que son muy importantes a la hora de tener analizar su carrera profesional como diplomático, traductor y profesor de idiomas.

El primero de estos fue Laurence Humphrey (1527-1589), aunque de una generación anterior, Laurence Humphrey es relevante para nuestra historia porque es el autor de la *Interpretatio linguarum* (Basle: H. Frobenius & N. Episcopius, 1559), un manual sobre traducción que Humphrey publicó durante su exilio en Basilea.

Este era un tratado sobre la traducción de autores sagrados y profanos: y en este sentido Humphrey es otro ejemplo, como Laguna, y otros que hemos mencionado más arriba, del papel que tienen los traductores a la hora de construir cultura y de establecer tradiciones de todo tipo.

Humphrey también escribió tratados de crítica literaria: su *Epistola de Graecis litteris et Homeri lectione et imitatione* (1558) es un manual para la interpretación de poesía griega clásica, y sobre todo de Homero, la venerable fuente de la tradición épica occidental. Humphrey también tradujo un texto de Filón de Alejandría, un influyente pensador judío del primer siglo d.C., el cual también influyó sobre el cristianismo temprano. El texto de Filón que tradujo Humphrey del griego era *De nobilitate* (sobre la nobleza). La traducción de Humphrey sería, a su vez, muy influyente en la obra de uno de los principales pensadores políticos ingleses del siglo XVI: Sir Thomas Smith, quien escribió un importante tratado sobre el sistema político inglés (*De republica anglorum*).

Tras pasar unos años exiliado en Basilea, Humphrey volvió a Inglaterra tras la muerte de María Tudor, cuando los protestantes volvieron a sentirse seguros y a salvo de quemaduras fatales en las hogueras de la inquisición. En Inglaterra se estableció en Oxford, donde se convirtió en presidente de Magdalen College, donde algunos años después se educó James

Mabbe. Mabbe llegó a Magdalen en 1586, donde coincidió con Humphrey como presidente durante tres años, hasta la muerte de este último en 1589.

La carrera profesional de Humphrey ejemplifica las relaciones entre la traducción, la filología, las relaciones internacionales, la doctrina religiosa y el pensamiento político, aspectos que también jugarían un papel importante en la carrera de James Mabbe en la siguiente generación.

En Magdalen College, había también un interesante grupo de estudiantes y profesores muy dedicados a las lenguas modernas—algo inusual, pues en las universidades de esta época prácticamente todo el conocimiento se producía y estudiaba en latín, o en menor medida en inglés.

Entre estos amigos de Mabbe estaba John Sanford, quien también acompañó a Mabbe y a Sir John Digby en la expedición diplomática a Madrid. Para contribuir a esto, en el mismo año en que marchaban para España, Sanford publicó un manual de 62 páginas para aprender español (*Propylaion, or An entrance to the Spanish tongue*, 1611), que también incluía un apéndice léxico español-inglés al final. Regaló copias a todos los miembros de la delegación inglesa que partía para España. Este no sería el único manual de aprendizaje de idiomas producido por Sanford, quien también compuso manuales para aprender francés e italiano.

Aunque no coincidió en su estancia allí con Mabbe, James Howell también estuvo con Digby en la embajada inglesa en Madrid. Howell era un gran viajero que compuso por ejemplo, una guía internacional: *Instructions for Forreine Travel* (publicada en 1642), con información práctica para viajeros sobre España, Francia e Italia. Traductor, y lexicógrafo, años después también compuso un monumental diccionario en cuatro idiomas, el *Lexicon tetraglotton*.

El propio embajador inglés en Madrid, Sir John Digby, era también un ‘fellow’ de Magdalen College, y dada la proximidad de expertos en lenguas como Mabbe y Sanford, no es sorprendente que eligiera a gente de su confianza, y de su propio ‘college’, para llevarlos a Madrid consigo. Digby era un miembro de la aristocracia de Dorset, y durante las siguientes décadas, jugaría un importante papel político no sólo como embajador, sino también como parlamentario, de la mano de otro de sus asociados políticos, Sir John Strangways—a quien Mabbe dedicó muchas de sus traducciones.

Porque Mabbe no sólo tradujo obras literarias. También puso a prueba sus habilidades con tratados religiosos y políticos. El primero de ellos fue su *Devout Contemplations*, su versión del *Discurso para todos los evangelios de la Cuaresma*, publicado en Madrid en 1614 por Fray Cristóbal de Fonseca. Esta obra, escrita por un religioso católico y traducida por un anglicano en la Inglaterra protestante, apunta a cuáles podrían ser las verdaderas creencias religiosas de Mabbe, más allá de los requisitos oficiales de la Iglesia Anglicana.

Si *Devout Contemplations* ilustra su agenda religiosa, su traducción de la obra de Fray Juan de Santa María, *República y policía cristiana para reyes y príncipes* (Madrid, 1615) revela sus intereses políticos y los de sus protectores. Su traducción salió a la luz en 1632 bajo el título *Christian Policie* (y fue publicada, una vez más por Edward Blount). De nuevo, y a pesar de que este era un tratado político escrito por un católico, la traducción de Mabbe gozó de algún éxito (pasó por 5 ediciones diferentes).

Sabemos muy poco de la estancia de Mabbe en Madrid, a excepción del hecho de que envió a Oxford una copia de las *Rimas* de Lope de Vega, uno de los más importantes libros del Siglo de Oro español, que estaba recién publicado. Este envío se realizó por medio de un amigo común, Leonard Digges, quien era otro diplomático políglota y traductor de obras literarias del español al inglés (Gonzalo de Céspedes y Meneses’ *Poema trágico del español Gerardo*, *Gerardo the Vnfortunate Spaniard*, Edward Blount, 1622). Digges también publicaba con Edward Blount, y algunos años más tarde también escribiría un poema para el *First Folio* de Shakespeare. Mabbe estaba pues al tanto de las novedades literarias en España, y compartía con sus redes de amigos y contactos internacionales los textos y las creaciones que se venían produciendo.

De Mabbe sí que tenemos una carta manuscrita desde Madrid que data aproximadamente de la segunda mitad de 1612—en ella da cuenta de noticias de la corte española. Nada espectacular, pero muy ilustrativo. Por medio de pruebas circunstanciales podemos deducir que su corresponsal en Londres es George Calvert, uno de los secretarios del recientemente fallecido

primer ministro William Cecil. Calvert era también un diplomático políglota, que había recibido una educación internacional, y era responsable de la correspondencia, y de la recogida de información, de las embajadas inglesas en el extranjero. Tras la muerte de William Cecil (el primer ministro del rey), Calvert se centró en los asuntos españoles e italianos, y con el tiempo acabaría siendo uno de los dos primeros secretarios del rey Jacobo I.

Calvert había sido educado como un católico—aunque luego para entrar en política tuvo que convertirse al anglicanismo. Dentro de la política doméstica inglesa, Calvert formaba parte del partido pro-español y pro-católico. En el otro lado estaba la otra facción, profundamente anticatólica y que se oponía a la política de los Habsburgo. Esta última facción estaba liderada por el propio Arzobispo de Canterbury, George Abbott—de quien volveré a hablar en un momento.

El caso es que en su carta a Calvert desde Madrid, Mabbe se refiere a la muerte de William Cecil—quien era, dice nuestro traductor, ‘the copula of our correspondence’. Pero la muerte de Cecil no tiene por qué significar la pérdida de contacto entre Mabbe y Calvert: y el primero se ofrece sin ambages para seguir informando a Calvert, y se pone a su disposición para seguir enviando materiales, de la forma que este último estime más conveniente.

Después de su periodo en Madrid, a Mabbe le siguieron dando una serie de permisos, cuyos destinos desconocemos, al carecer de pruebas documentales directas acerca de los mismos. Es posible que estuviera involucrado en las rocambolescas negociaciones acerca del llamado “Spanish Match”.

En 1623 el príncipe heredero Carlos, en compañía del Duque de Buckingham se presentó en Madrid de incógnito, y por sorpresa, para conocer a la infanta María, hija del rey Felipe III, y negociar un posible casamiento. El rey y su valido, el famoso Conde-Duque de Olivares no las tenían todas consigo: después de todo el príncipe Carlos era anglicano, y la facción más conservadora entre la muy católica corte del rey Felipe IV se resistía a aceptar la boda si en Inglaterra no se relajaban las leyes que castigaban a los católicos. En todo este tira y afloja, a nivel doméstico e internacional, parece ser que James Mabbe andaba por el extranjero disfrutando de misteriosos permisos que le llevaban de España a Italia, pasando por los Países Bajos, y de nuevo de vuelta a su base operativa en Magdalene College, Oxford.

Porque en los Países Bajos, en concreto en Bruselas—la parte de los Países Bajos bajo dominio católico y el influjo de la monarquía Habsburgo—Mabbe había hecho un nuevo contacto del que sí tenemos pruebas documentales. Se trataba de un agente diplomático, también coordinador de espías y de la inteligencia que éstos proporcionaban: su nombre es William Trumbull. Trumbull nunca llegó a la categoría de embajador, pero su correspondencia y otros documentos encontrados entre sus papeles constituyen una valiosa fuente de información que demuestra el nivel de su competencia en lo que al espionaje se refiere.

Sus contactos eran realmente prodigiosos: se carteaba con Edward Blount, el editor, y por supuesto con todos los miembros relevantes del gobierno en Londres y su cuerpo diplomático; comerciaba con pinturas y otras obras de arte, libros y otros objetos de lujo, y también se carteaba con el pintor Rubens—quien también hizo sus pinitos como diplomático y espía. William Trumbull tenía espías e informadores entre los más poderosos competidores de Inglaterra: entre sus papeles se encuentran cartas copiadas de la correspondencia entre el rey de España y algunos de sus ministros, y también tenía entre su nómina a uno de los secretarios de Ambrosio de Espínola, el más poderoso líder militar de los Habsburgo en Centroeuropa durante estos años cruciales de la Guerra de los Treinta Años.

También Mabbe se carteaba con Trumbull: en concreto tenemos una carta que data de 1622, en la que nos enteramos de que el hijo de Trumbull está en Oxford aprendiendo español con Mabbe. Mabbe informa a Trumbull en una de sus cartas de los grandes progresos que su hijo hace en el idioma español, con la esperanza de que pueda desenvolverse fácilmente en este idioma, antes de que llegue ‘the Spanish lady’: esto es, la infanta, supuesta nueva esposa del príncipe Carlos. Trumbull, muy prudente, quiere asegurarse de que su hijo sabrá español para comunicarse con el cortejo de españoles que pueden llegar acompañando a la futura reina de Inglaterra: como buen padre, Trumbull quiere asegurar un buen futuro para su hijo.

Como es lógico, la facción pro-católica y pro-Habsburgo en la corte inglesa (de la cual formaba parte, como recordaremos, el secretario Calvert, el corresponsal de Mabbe) estaba

encantada con estas negociaciones. No tanto la facción protestante, que no veía con buenos ojos el desembarco de una princesa católica en la Anglicana corte de Londres.

Y Trumbull, que era bien prudente, también se carteaba con uno de los líderes de la facción protestante, nada más y nada menos que el Arzobispo de Canterbury, George Abbott, después del rey la mayor autoridad religiosa en el país. Lo interesante de esto es que Trumbull, antes de confiar a su hijo en manos de Mabbe, quiso tener referencias de este hispanófilo oxoniense, y se ve que escribió a Abbott preguntando por él. Se conserva la respuesta del arzobispo, en la que informa de cosas que ya sabemos (que Mabbe pasó varios años en España) y otras que no sabíamos: que también estuvo en Italia. Según Abbott, en estos países Mabbe aprendió todos los malos hábitos de los italianos y los españoles.

De España e Italia, Mabbe (un valioso secretario, traductor y experto en varios idiomas) pasó a trabajar al servicio del propio Arzobispo durante algún tiempo. Pero, informado de que entre sus sirvientes había un espía que informaba a los Católicos, Abbott empieza a sospechar de Mabbe.

Lo interroga, lo registra y descubre documentos incriminatorios en varios idiomas, y algunos de ellos en clave. Mabbe, confesó y al menos aparentó arrepentimiento, lo cual no le salvó de pasar unos meses en prisión.

De la carta del arzobispo se desprende que, al menos durante algún tiempo, Mabbe actuó como agente doble, informando (o fingiendo informar) tanto a católicos como a protestantes.

Fue tras este periodo en prisión que regresó a Oxford, para volver a dedicarse a la enseñanza, con el hijo de Trumbull como uno de sus estudiantes.

Hay sin duda muchas zonas oscuras en la biografía de James Mabbe, pero el perfil que se dibuja a partir de la documentación existente es de un agente de intercambio, que comerciaba con capital literario, y también religioso y político, que informaba a unos y otros, enseñaba idiomas, y aportaba al acervo literario inglés grandes clásicos de la literatura española del Siglo de Oro, como *La Celestina*, el *Guzmán de Alfarache* o las *Novelas Ejemplares* de Cervantes.

Pero ¿qué podemos decir de sus traducciones no literarias? ¿Qué tipo de capital político estaba aportando Mabbe para sus protectores en Inglaterra, Sir John Digby y Sir John Strangways?

Para explicar esto hemos de empezar por establecer un paralelismo entre el Duque de Lerma y Felipe III, alrededor de la década de 1610, cuando Mabbe estaba en la embajada en Madrid, por un lado, y el rey Jacobo I y su hijo Carlos I, quien heredó al favorito de su padre, el Duque de Buckingham.

Buckingham acompañó a Carlos a España en 1623, cuando fueron de incógnito a intentar negociar una boda con la infanta. Durante esos años allí seguía de embajador Sir John Digby, el que había sido jefe de Mabbe en la embajada de Madrid, y compañero de Magdalene College en Oxford.

Tras el fracaso de la alianza matrimonial con España, Carlos y Buckingham volvieron a Inglaterra. El favorito—cuya influencia sobre el monarca le hacía muy impopular—se enredó en una disputa política con Sir John Digby: se acusaban mutuamente de haberse aliado con los españoles durante la visita a Madrid, en un intento para convertir al príncipe Carlos al catolicismo. Buckingham también se enredó en una disputa con Sir John Strangways y otros parlamentarios que no veían con buenos ojos la influencia del favorito, sobre el nuevo rey, Carlos I, quien había heredado la corona tras la muerte de su padre Jacobo en 1625.

Mabbe formaba parte de las redes clientelares de Sir John Strangways y su familia: le había dedicado su traducción del *Guzmán de Alfarache* en 1622, y dos décadas antes, también le había dedicado el manuscrito con su primera versión de *The Spanish Bawd*, su traducción de *La Celestina*. También dedicó a Strangways su traducción de los sermones de Fonseca (*Devout Contemplations*, en 1629). Strangways estaba unido al embajador Sir John Digby por lazos políticos y familiares. Ambos eran miembros de la aristocracia de Dorset (una región en el suroeste de Inglaterra), y tenían fama de criptocatólicos.

Mabbe servía, pues, a un círculo de parlamentarios y políticos con fama de criptocatólicos, que además tenían una manifiesta enemistad con el favorito del rey, el Duque de Buckingham. Esto es durante la década de 1620 y los primeros años de 1630 en Inglaterra.

Pero unos cuantos años antes, y en España, también había una facción que miraba con malos ojos la influencia que el favorito del rey tenía sobre todos los asuntos de estado, y que consideraba que su presencia era perniciosa. El favorito en este caso era el Duque de Lerma, y el rey era Felipe III. Y la facción que quería acabar con Lerma preparó todo tipo de estrategias para derribarlo del poder: una de ellas fue la composición de un tratado de teoría política, en el que se decía que los buenos reyes debían gobernar con el consejo de buenos ministros, sin dejarse influir por una sola persona.

Este tratado político, dirigido directamente en forma de teoría, a la línea de flotación de Lerma era la *República y Policía Cristiana*, de Fray Juan de Santa María.

Y fue este tratado el que James Mabbe tradujo unos quince años después, trasvasando su capital político, su arsenal de argumentos en contra de los malos consejeros y en contra de los favoritos corruptos que acumulan demasiado poder. Mabbe puso todo este capital político, con su correspondiente argumentario, al servicio de sus protectores, Sir John Strangways y Sir John Digby. En otras palabras, por medio de sus traducciones Mabbe comerciaba con capital literario, y también con capital político.

Conclusiones

James Mabbe y Andrés Laguna son solamente dos entre la larga nómina de traductores que se afanaron, entre los siglos XVI y XVII, en la tarea de entretejer una cultura común en Europa fundamentada sobre el intercambio cultural. Como agentes de intercambio, Mabbe y Laguna se ocupan también de emitir actos de habla, actos comunicativos, que se apropian de capital ajeno—literario, científico, político, religioso—para llevarlo a sus propios idiomas. Al hacerlo contribuyeron a entretejer también sus propias culturas nacionales—lo cual es por supuesto también un proyecto político.

Como señalaba Homi Bhabha, no hemos de pensar en la traducción como un simple proceso lineal que va de un origen a una meta, un proceso en el que se toma ese ente abstracto que se ha venido llamando ‘significado’. Más bien hemos de ir más allá de las unidades básicas en el léxico, la gramática o la sintaxis y atender a los complejos procesos que intervienen en la traducción entendida en sentido amplio. Porque cuando hablamos de traducción cultural estamos hablando de los procedimientos que, de una forma dinámica y proteica, vienen a entretejer esos complejos conglomerados de significantes, esos macro-textos compuestos de ‘culturemas’ de todo tipo (verbales y no verbales) que son las culturas.

Y en consecuencia, no puede haber un traductor profesional que no sea también experto en las redes que abarcan las diferentes disciplinas y ámbitos culturales en las que se involucra el objeto de su actividad. Esto es lo que nos enseña la historia, en innumerables casos de entre los cuales hemos desgranado hoy aquí tan sólo unos cuantos.

Para probar que esto sigue siendo así no hay más que analizar empresas actuales como *TransPerfect* y *Mission Essential Personnel*: sofisticadas y globalizadas versiones de la especialización en mediación cultural de todo tipo—en las leyes y en la guerra, en la paz y en la diplomacia—que requiere, de forma totalmente ineludible, la formación de un traductor y de un intérprete.